

La piel bajo el mármol
Diosas y dioses
del mundo clásico

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Myths of Greece and Rome*

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Lorenzo Luengo

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-81-6

Depósito legal: M-427-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Jane Ellen Harrison

La piel bajo el mármol

Diosas y dioses
del mundo clásico

Traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 77 (serie menor)

Índice

Introducción	9
Los dioses del Olimpo de Homero	20
Zeus (Júpiter)	30
Hera	35
Atenea (Minerva)	39
Afrodita (Venus)	50
Artemisa (Diana)	61
Apolo (Febo)	81

Ares (Marte)	97
Hermes (Mercurio)	99
Poseidón (Neptuno)	114
La Madre de los Dioses	140
Deméter y Perséfone (Ceres y Proserpina)	150
Dioniso	157
Eros	165
Bibliografía	169

Introducción

El estudio de la mitología griega ha estado sometido desde hace mucho tiempo a dos graves problemas. El primero, que hasta aproximadamente finales del siglo XIX o principios del XX a la mitología griega siempre se la ha estudiado a través de un filtro romano o alejandrino. Hasta hace muy poco era normal llamar a los dioses griegos por sus nombres latinos: Zeus era Júpiter, Poseidón era Neptuno, Hera, Juno. No vamos a perder el tiempo haciendo leña del árbol caído: esa costumbre ya ha tocado a su fin. Ahora sabemos que Júpiter, a pesar del parentesco, no es lo mismo que Zeus; Minerva a todas luces no es Atenea. No obstante, perdura un error, muy peligroso por más sutil: hemos dejado de lado los nombres latinos, pero seguimos inclinándonos por confe-

rir naturalezas latinas o alejandrinas a los dioses griegos, seguimos convirtiéndolos en dioses de juguete de una literatura tardía, artificial y enormemente ornamental. Ya no llamamos Cupido al dios griego del amor, pero sigue revoloteando en nuestras mentes el travieso y regordete pilluelo con su arco y sus flechas: un concepto que habría sorprendido muchísimo a los primigenios adoradores del dios del amor en su propia ciudad de Tespias, donde la imagen más antigua de Eros era una «piedra en bruto».¹

El segundo problema es que, hasta una época muy tardía, el estudio de la mitología griega siempre se ha considerado estrechamente subordinado al estudio de la literatura griega. La

¹ Me remito a la traducción de este término que aparece en Pausanias, *Descripción de Grecia* (IX, 24, 3): «La estatua del dios [Heracles] no está trabajada, es una gran piedra en bruto como en los viejos tiempos». En otra parte se afirma (VII, 22, 4) que los griegos adoraban «piedras en bruto en lugar de imágenes». Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo. Gredos, 1994. (*Todas las notas son del traductor*).

lectura inteligente de los autores griegos (poetas, dramaturgos, incluso filósofos) siempre ha precisado de un cierto conocimiento de la mitología. De vez en cuando, incluso tras la más férrea aplicación de las reglas gramaticales, el erudito se veía impelido a «buscar sus alusiones mitológicas». De ahí que no hayamos tenido ni historias de la mitología ni indagaciones sobre lo que hizo surgir la mitología, sino diccionarios mitológicos para uso referencial. En pocas palabras, no se consideraba que la mitología fuera por sí misma un asunto digno de estudio, y tampoco se la tenía como parte de la historia de la mente humana, sino que era tratada como un auxiliar, la dama de compañía de la literatura. Ningún asunto se ve tan eficazmente degradado como cuando se le hace ocupar esta posición «auxiliar». Al leer un párrafo de Lemprière uno se maravilla de que un tema aparentemente tan estúpido pudiera seguir despertando el interés de la mente humana.

De estos dos problemas el estudio de la mitología se ha liberado lentamente, pero solo muy

lentamente, eso sí, gracias a la influencia del método científico moderno. De muy nuevo cuño es el estudio de la religión en su conjunto. Mientras las religiones estuvieran divididas entre una, la verdadera, y las demás, todas ellas falsas, el progreso era algo de natural imposible. La lenta presión de la ciencia introdujo en primer lugar el método histórico, y después el método comparativo. En cuanto se recopilaron y se contrastaron los hechos de las primitivas religiones salvajes, quedó patente que había tanto semejanzas como diferencias, y fue posible un cierto tipo de clasificación. Aquel impulso histórico se vio acompañado por el deseo de constatar si también en la religión existía una ley evolutiva, y si los hechos religiosos se iban sucediendo en un orden establecido.

De esta intrusión de los métodos histórico y comparativo se mantuvieron alejadas dos religiones: el cristianismo, por ser demasiado sagrado, y la religión clásica, por formar parte de un bastión exclusivo que se suponía que tenía cierto extraño antagonismo con la ciencia. Las religiones grie-

ga y latina, con todas las posibles diferencias que pueden tener dos religiones entre sí, se consideraron una sola. Sucumbieron a esta asociación antinatural y a su autoimpuesto aislamiento, y al final aceptaron unirse al resto de la humanidad y regresar otra vez a la vida. La religión griega se estudia ahora como un todo, no solamente como mitología; como parte de la historia espiritual de la raza humana, no como un medio para interpretar una literatura concreta; como contraste, y no como algo idéntico a la religión de los romanos.

El estudio de la religión griega debe mucho, no solo a la reforma del método, sino también a una adquisición de material tan abundante como reciente, material que una vez y otra ha actuado como un correctivo para aclarar los puntos de vista equivocados, y como un medio que ha permitido la modificación de aquello en lo que equivocadamente se había insistido. Por poner un ejemplo: el descubrimiento y estudio de las pinturas de los jarrones griegos por sí solo nos ha obligado a ver a los dioses griegos, no como lo hacían los ro-

manos o alejandrinos, sino como lo hicieron los primeros griegos. Nos damos cuenta, por ejemplo, de que Dioniso no es únicamente el joven y hermoso dios-vino, sino también un antiguo dios-árbol, adorado en su aspecto de poste; de que las Sirenas no tenían para los griegos esa belleza siniestra de los cuerpos a medias pisciformes,² sino el de unas extrañas aves demoniacas con cabeza de mujer. Además, las excavaciones, que solían ocuparse únicamente de las obras de arte, ahora buscan y conservan cualquier rastro de evidencia monumental, por modesta que sea. Esto ha hecho que prestemos una mayor atención a los rituales. Ahora descubrimos y estudiamos, no solo al Hermes de Praxíteles, sino también gran cantidad de bronce y terracotas que permiten mostrar el aspecto local bajo el cual era adorado un dios o una diosa; leemos inscripciones que versan sobre ritos locales no registrados por Homero y los trágicos.

² La autora hace una distinción entre *siren* y *mermaid* que en castellano no existe.

Las excavaciones llevadas a cabo en los yacimientos prehistóricos han tenido una especial importancia debido a su influencia en el estudio de la religión griega. Los poemas de Homero, como enseguida veremos, fueron el medio principal a través del cual quedaría fijada la religión popular de Grecia. Las excavaciones, iniciadas por el doctor Schliemann en el yacimiento de Troya y culminadas ahora en las excavaciones de *sir* Arthur Evans en Cnossos, nos han enseñado mucho sobre los aspectos religiosos de aquella enorme civilización que precedió a Homero. Ya no es Homero, por tanto, el lugar en el que comienza la historia de la religión griega.

Antes de que procedamos a examinar la mitología griega, es esencial que aclaremos dos puntos: 1) qué entendemos exactamente por mitología; 2) qué relación hay entre mitología y religión.

La religión, siempre y en todas partes, se compone de dos factores: el ritual, esto es, lo que un hombre hace; y la mitología, lo que un hombre piensa e imagina. A estos dos elementos les da vida y forma un tercero: aquello que constituye

los deseos, sentimientos y aspiraciones del hombre. Citando al profesor Leuba, la unidad de la vida consciente no la conforman ni el pensamiento ni la voluntad ni la acción por separado, sino «las tres cosas en movimiento en pos de una acción». La religión tan solo es una forma particular de vida consciente, y, de nuevo citando al profesor, «la vida consciente siempre está orientada hacia algo que ha de asegurarse o evitarse ya sea de manera inmediata o en definitiva». El impulso religioso se dirige a un extremo y solamente a uno: a la conservación y promoción de la vida.

Cuando un hombre lleva a cabo un acto religioso y efectúa algún ritual, también se ocupa necesariamente de pensar, de imaginar; se forma en su mente un *imago*,³ por vago que sea, de lo que esté haciendo o sintiendo en ese instante. ¿Por qué sucede esto, y cómo? Aquí debemos recurrir a la ayuda de la psicología.

³ A diferencia de la imagen, que puede adoptar una apariencia totalmente fiel a la realidad, un *imago* es una imagen idealizada del yo.

Se diría que el hombre es el único animal capaz de crear imágenes nítidas; es su prerrogativa humana. En la mayoría de los animales, que actúan a partir de lo que llamamos instinto, la acción sigue de inmediato y, por así decirlo, mecánicamente al concepto; lo sigue con una pres-teza y una certeza casi químicas. Pero en el animal humano, por la mayor complejidad de su sistema nervioso, la percepción no se transforma instantáneamente en acción; hay un intervalo, más o menos breve, en el que tiene lugar la elección. Nuestras ideas, nuestras imágenes, surgen en este intervalo. No tomamos instantáneamente aquello que queremos, así que nos representamos esa necesidad en nuestro ser, y, a partir de las imágenes creadas de este modo, que son en sí mismas las sombras vacías del deseo, se construye toda nuestra vida mental. Si la reacción fuera instantánea careceríamos de imagen, de representación, prácticamente de una vida mental. La religión podría haber tenido sus rituales, pero habría estado huérfana de una mitología.

Todos los hombres, en virtud de su humanidad, son creadores de imágenes, pero en algunos la imagen es clara y vívida, en otros es vaga, carente de vida, trémula. Los griegos fueron los iconistas supremos, los más grandes creadores de imágenes que el mundo haya visto, y por ese motivo su mitología pervive todavía hoy. El genio de Roma no radicaba en el iconismo; su mitología, salvo cuando se inspiran en los griegos, es nimia. No adoraban a dioses, no a *dei*, sino a poderes, a *numina*. Estas *numina* no eran más que pálidas imágenes de meras actividades; jamás alcanzaban una personalidad, carecían de atributos, de historias de vida; en una palabra, de mitología.

Siempre debemos recordar que la mitología, la forja de las imágenes, es solo una pieza más, y quizá no esencial, de la religión. El hecho de que los romanos no fueran iconistas no debe llevarnos a la conclusión de que eran un pueblo menos religioso que el griego. Probablemente sea más cierto lo contrario. Un algo vago inspira más temor y reverencia que un algo conocido. Así se sentía

Lucano al escribir acerca del culto sin imágenes de los galos:

*¡Tanto incrementa la sensación de terror
no conocer a los dioses a los que se teme!*⁴

⁴ Lucano, *Farsalia*, III, 415. Traducción de Antonio Holgado Redondo. Gredos, 1984.